

## Vías paralelas entre Zambrano y la tradición oriental; del “camino recibido” al camino místico

“Mi corazón se ha abierto a todas las formas: es pasto para las gacelas, convento de monjes cristianos, templo de ídolos, la Caaba del peregrino, las tablas de la Tora y el libro del Corán. Practico la religión del Amor. En cualquier dirección en que sus caravanas avancen, la religión del Amor será mi religión y mi fe.”

Muhyi'd-Din ibn 'Arabî (fallecido en 1240)<sup>1</sup>

**E**sta cita de Ibn 'Arabî, uno de los místicos sufíes más importantes del s.XIII, refleja el carácter con el que los hombres sabios expresan su fe eliminando toda barrera ideológica o religiosa, pues el saber que se obtiene al realizar el camino místico o espiritual es universal y válido para todos, y no se circunscribe a ninguna forma exclusivista de religión o filosofía. Y es así como Ibn 'Arabî se desprende de las formas concretas de la religión islámica para acceder a un nivel superior de entendimiento, actuando al servicio de lo que él llama “la religión del Amor”.

Tal y como se indica en el título de este trabajo, y tratándose de vías paralelas entre Zambrano y Oriente, podemos mostrar que el

pensamiento de María Zambrano coincide con la mística sufí en considerar el amor como el centro que rige nuestro actuar y desde el cual conectamos con la sabiduría universal. El amor nos une con el todo, nos abre la capacidad perceptiva que nos permite entrar en el campo de la sabiduría. Como dice ella: “pues que movido por él [el amor], tiempo y eternidad se unifican. La psique se anega, ya no importa el temor a ser movido y no a ser motor.”<sup>2</sup>

En cierta forma, M. Zambrano procede en su filosofar de la misma forma en que los místicos sufíes proceden a realizar el camino que les llevará a la verdad del ser. Se trata de una verdad que tanto en ellos como en Zambrano, se encuentra en el interior de cada uno. Así lo expresa el místico sufí Muhammad al-Harrâq:

“¿Buscas a Laila [la realidad divina], cuando ella se manifiesta en el interior de ti mismo? La crees distinta de ti, pero no es otra cosa que tú.”

Muhammad al-Harrâq (fallecido en 1845)<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Cita encontrada y traducida en el libro de William Stoddart, *El sufismo*, Ed. Sophia Perennis.

<sup>2</sup> María Zambrano *Notas de un método*, cap.1 texto 5; “El centro, imán del sentir y del sentirse originarios. Las raíces del sentir aprisionadas en la subconsciencia”.

<sup>3</sup> Véase de W. Stoddart en *El sufismo*, cit..

En Zambrano el camino a realizar para encontrarse uno mismo con esta realidad divina existente en su interior, es un camino de renuncia, de olvido de lo ya aprendido para poder volver a aprender de nuevo, es también un camino marcado por la devoción, pero a diferencia de los místicos en general, no es una devoción hacia un dios, sino más bien una devoción como fe absoluta al ser mismo, a la capacidad del sujeto de encontrar la verdad en su interior.

Según el Dr. William Stoddart, especialista en pensamiento y filosofía orientales, la mística se podría describir como la dimensión interior o supraformal, es decir que ha trascendido toda formalidad, cuya expresión exterior o formal es la religión respectiva. Stoddart utiliza la metáfora del círculo para mostrar la estructura básica de la mística sufí; la circunferencia del círculo sería el equivalente a la religión exterior, o “exoterismo”, conocida en el Islam con el nombre de Shari’a, y el centro del círculo vendría a ser la Verdad interior, o “esoterismo”, que recibe el nombre de Haqîqa, en el Islam. El radio de la circunferencia, es decir lo que conecta la parte exterior con la interior, sería el camino iniciático (conocido también como tarîqa) que recorre el místico para llegar a esa verdad revelada, y que conduce de la práctica exterior a la convicción interior, de la creencia a la visión, o bien, como diferenciará Zambrano, en *Notas de un Método*, del conocimiento adquirido por la práctica del pensar, a la sabiduría o saber inmediato, adquirido, utilizando sus mismas palabras: “por observación aislada, por intuición, por inspiración poética, [o bien] por esa iluminación repentina de la mente que capta algo de modo deslumbrador.”

Ibn Arabî, en su metafísica del saber, hace corresponder la idea de la verdad con la metáfora del círculo y su centro, metáfora que recoge W. Stoddart, como ya hemos visto antes, para explicar el camino del místico sufí.

Ibn ‘Arabî procede de la siguiente manera: “el centro es la Verdad; el vacío exterior a la circunferencia, la nada..., la oscuridad; el espacio comprendido entre el centro y dicho vacío exterior a la circunferencia, lo posible... Hemos tomado como ejemplo el centro porque éste es la raíz de la existencia de la periferia del círculo, que es producido por él, como del mismo modo lo posible es producido por la Verdad... Cada uno de los puntos de la circunferencia es el término del radio, y su principio es el punto central, del que arranca el radio hacia la circunferencia. Así también Dios es el principio y el fin; el principio de toda cosa posible... Lo que está fuera [del círculo] excluido del ser de la Verdad, es la nada, que no puede recibir el ser. Las líneas salientes tienen su principio en Dios y en El tienen su fin, porque a Dios vuelven todas las cosas... [Porque Dios] no es las cosas creadas, ni éstas son algo distinto de El”<sup>4</sup>.

Esta misma proyección de la verdad en el centro de las cosas la encontramos también en Zambrano, en *Notas de un Método*, cap. I de las Notas primeras, en el apartado 5. “El centro, imán del sentir y del sentirse originarios. Las raíces del sentir aprisionadas en la subconsciencia”; el centro, que para Zambrano podría llamarse amor, es donde reside el sentir originario, el sentir que constituye el ser y sin el cual el ser se siente desvalido, perdido en la inmensidad de significados, entre esos mundos posibles de los que habla Ibn ‘Arabî. Ese centro existe en el interior del sujeto, encierra en sí la verdad de él, y es gracias a la fuerza imantadora que ejerce desde las profundidades, como el sujeto puede encontrar el camino que lo lleve de vuelta a su sentir originario, a su ser, a su Verdad. De ahí que Zambrano afirme que “El centro es la salvación de las contradicciones y negaciones (..) del sujeto”.

En el caso de la mística sufí se hablará del camino que lleva a la verdad, una verdad

<sup>4</sup> Miguel Cruz Hernández, *La filosofía árabe*, Revista de Occidente, Madrid, 1963

que se revela en el individuo, mientras que en Zambrano se trata del camino que lleva a la palabra recibida, la palabra que es la constitución del ser original y única en cada individuo.

Mas, ¿específicamente, en qué se parecen tanto estos dos procesos, el de María Zambrano y el de los místicos sufíes? Quizás se trate más de formas de operar coincidentes, que no de identificaciones absolutas, pero en ambos casos el objetivo a alcanzar parece ser el mismo: desvelar la verdad del ser, en lo que tenga de desvelable, puesto que, según Zambrano, no siempre esta verdad encontrada es comunicable. Esta noción de revelación, en Zambrano, ya la encontramos en su artículo *¿Por qué se escribe?*, recogido en *Hacia un saber sobre el alma*<sup>5</sup>: “¿Qué es lo que quiere decir el escritor y para qué quiere decirlo? Quiere decir el secreto; lo que no puede decirse con la voz por ser demasiado verdad; las grandes verdades no suelen decirse hablando. La verdad de lo que pasa en el secreto seno del tiempo, es el silencio de las vidas, y que no puede decirse. (...) Descubrir el secreto y comunicarlo, son los dos acicates que mueven al escritor”. Se trata, pues, de descubrir algo ya existente, y que se le aparece al sujeto, según Zambrano, a modo de revelación: “El secreto se revela al escritor mientras lo escribe...”.

En Zambrano encontramos un ejercicio de desprendimiento de las capas externas del yo, para poder llegar al núcleo interior de donde saldrá la palabra creadora, y digo creadora porque esta palabra es, a la vez que representativa del ser, constructora de su identidad. Es hacer un camino de descenso *a los inferos* de uno mismo, para encontrarnos con la esencia de las cosas mismas, y, sin operar a través del mecanismo de la razón, dejar, permitir, que la palabra brote, se libere ella misma dentro de este estado de atemporalidad, y una vez recuperada la palabra [recuperada puesto que desde los orígenes ha existido, aunque oculta en el

ser] el yo debe volver a la superficie, ascender a la luz de la razón para darle vida consciente y, así, transformarla en saber para el hombre. Casi podríamos comparar la tarea del filósofo con la del minero que baja a las cuevas profundas, para encontrar materiales preciosos, y después poder rescatarlos a la luz de la superficie, que es donde pueden ser de utilidad para el hombre.

Y este proceso zambraniano de *descenso a los inferos* se parece al de los místicos en la forma y el objetivo final. En la forma por la siguiente cuestión: los místicos, [en su andar iniciático] se van desprendiendo de las capas ‘formales’ en que la religión islámica reviste a los creyentes, para poder llegar al centro mismo del ser, y ver, captar, sin ayuda de la razón, la Verdad interior, que para ellos es la verdad divina. Y en ellos también se da el posterior ascenso hacia la superficie, es decir, el proceso de comunicación [o el intento de ella] de esa verdad a los otros. Aunque muchas veces esta segunda parte del proceso queda demasiado lejos de la realidad envolvente, y se produce una incomprensión, una desconexión entre el místico y su entorno. Y en el objetivo confluyen también, como ya hemos visto, por el hecho que ambos pretenden encontrar esta verdad oculta al ser, esta verdad que reconcilie al sujeto con su realidad natural y lo apacigüe en su andar.

Otras formas paralelas de proceder en el camino espiritual las encontramos en el pensamiento oriental, ya no exclusivamente de la mística sufí. Entre los místicos orientales (ya sean hindúes, budistas o de la filosofía zen) y Zambrano, hay un punto de identificación muy importante en lo que se refiere a la forma de proceder: es el instante en que se reconoce, se entiende, la necesidad de abandonar momentáneamente el uso del pensamiento, de la razón consciente, para poder llegar al ser de las cosas. No se puede llegar a la verdad a tra-

<sup>5</sup> M. Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*. Alianza Editorial, 2002.

vés del pensar, dado que el saber no tiene la misma naturaleza que el conocimiento. Ya Zambrano, en el artículo *Las dos metáforas del conocimiento*, recogido en su obra *La cuba secreta y otros ensayos*<sup>6</sup>, se refiere a un sabio chino, Eschuangcheye, para mostrar esa comprensión del modo de proceder, más por la vía del corazón, es decir, del amor como centro de acción, que por la vía del entendimiento. La cita del filósofo chino dice: “el sabio utiliza su corazón como un espejo”.

Esa misma forma de actuar sugiere un puente entre María Zambrano y Oriente que podría ver su punto de convergencia en la representación de ambos pensamientos en la meditación. La meditación es un proceso de aceptación absoluta del momento preciso, una anihilación de la temporalidad como línea de sucesión, por tanto, en calidad de atemporalidad, y una anihilación del espacio circundante como barrera de separación entre el yo y el mundo, por tanto una unidad con el todo, en calidad de inextensión, como una dilatación del espacio. La actitud de aceptación conlleva un hecho crucial para llegar al punto de identificación o unión con el todo, y es el hecho de que, a través de ella (es decir, de la aceptación), se para el funcionamiento de la razón consciente, no por ello entrando en un mecanismo irracional, sino en un punto de vacío intelectual, como en un claro del bosque usando la metáfora de Zambrano, en que, por este instante, la mente deja de estar ofuscada por sus premisas, accediendo así a la posibilidad de que el ser se vea a sí mismo sin pensarse, sin *prejuiciarse* antes de verse. Es por tanto un momento de claridad, en el que se substituye el pensamiento racional por el sentir verdadero, por el saber inmediato. Se trata de reconocerse e identificarse en la verdad del instante vivido.

Cuando Zambrano, en *La balanza* (texto recogido en *Notas de un Método*), habla del

momento inicial (el Paraíso), momento y lugar en donde se dio el primer hombre (como dualidad masculina-femenina) en el inicio de la creación, describe que entonces no había palabra, todavía, o en todo caso, sólo existía la palabra recibida, pero guardada en el interior del hombre co-habitando en él, por la única razón que el hombre se encontraba inmerso en la naturaleza dada, en donde él y lo otro eran todo y la misma cosa, era un momento de pura identificación con el todo, y la diferencia no existía. Por tanto, el sujeto no experimentaba aún la escisión con el entorno que más adelante, con el iniciarse de la historia humana, experimentó. La palabra residía en su interior como esencia del ser. En el momento en que el sujeto se separa de la realidad, cuando se desdobra y se aleja de su centro, centro actuante y vivido como la realidad misma, no surge la imperiosa necesidad de encontrar la palabra, y esta vez sí, que le sirva, [la palabra], para volver a identificar con su centro.

Ese volver al propio centro, que es conexión con la verdad interior, es, también, el camino oriental que se realiza para llegar a la verdad. La máxima acción que representa este acceso a la verdad es la práctica meditativa, a través de la cual el ser humano tiende un puente entre su realidad material y su espiritualidad [es decir, su participación con el espíritu universal, o alma divina]. La meditación existe desde los inicios de la cultura oriental, y es el camino para llegar a la iluminación. Siguiendo las palabras del prestigioso maestro espiritual tibetano, Tulku Thondup: “la iluminación es la “ausencia del yo”. Es la paz, la amplitud, el desinterés, la unidad y la felicidad totales, eternas y universales. La iluminación es unidad, más allá del apego al yo, más allá de la dualidad.”

La meditación es la práctica que recoge la necesidad del sujeto de volver a su centro, conectarse de nuevo con su verdad interior,

<sup>6</sup> M.Zambrano, *La Cuba secreta y otros ensayos*, Ediciones Endymion, 1996.

reencontrar ese centro perdido que es eje esencial de uno mismo. Por tanto, podemos ver aquí una identificación entre meditación y metodología, siguiendo los pasos de Zambrano, quien da la siguiente descripción de Método: “Un Método es un camino a recorrer una y otra vez; un camino que se ofrece en modo estable, asequible, que no ofrece a su vez preparación ni guía alguna: lugar de llegada más que de partida, lugar de convivencia por tanto. (...) Un comienzo que es al par un final, un puro presente, aunque lo que proponga y exija sea un tiempo a recorrer, un tiempo sucesivo.” Lo que persigue la meditación es la ausencia del pensamiento, la claridad mental para ver sin pensar, por eso se identifica más en un estar ahí que no en un elaborar un pensamiento.

Siguiendo los pasos de Zambrano, quien nos muestra la necesidad de un guía que nos ayude a reconocer el camino recibido, ese camino que, según ella, es “el camino escondido, el de la sabiduría secreta, el tercer camino, [que] no se abre sin un guía y no se entra por él sin que el corazón se haya movido y la mente le obedezca”<sup>7</sup>, podemos identificar como *Nota* del método que es meditación en Oriente, la nota musical, o mantra, Om. En las Upanishad, las escrituras sagradas del hinduismo, encontramos la siguiente definición de Om: “Om. Esta eterna palabra lo es Todo. Significa lo que fue, lo que es y lo que será”<sup>8</sup>. Si en Zambrano encontramos, en su texto “El camino recibido”, tanto un animal-guía, como un hombre-guía, y hasta el camino-guía, podemos considerar el Om como la palabra-guía, en el pensamiento oriental, que abre el camino de la iniciación. El mantra Om es una nota musical que se efectúa a través de la propia voz para conectar el ser en todos sus canales energéticos internos. Es como un canto interior, que no busca la expresión exterior sino la conexión con el ser, mediante la vibración interna del

cuerpo a través de las cuerdas vocales. En este sentido, cada sujeto tiene su propia nota, original e irrepetible, y, por tanto, su propio camino para conectarse con el centro.

Entonces, ¿podría ser el Om la palabra-guía que abre el camino a la iniciación? Es símbolo, dado que es una representación sensorialmente perceptible de lo sagrado en el hombre, es también verbo porque es acción, y, a la vez, es nota musical. La nota musical resuena, vibra, es decir, participa de la realidad, y en este sentido puede tener connotaciones, puede influir, obrar, en la realidad, porque abre los canales perceptivos del ser humano. Y es mediante estos canales como el ser humano puede acceder a la verdad de las cosas mismas. Como encontramos en Ibn’Arabî, “son los cinco tipos de percepción, que corresponden al oído, la vista, el olfato, el tacto y el gusto, los que conocen las cosas de una manera necesaria, y, en todo caso, el error en el conocimiento no procede de los sentidos, sino de la actividad mental que conjuga sus datos”. El Om puede ser guía en el sentido que está al alcance del sujeto en todo momento, dado que es su propia voz, para que éste se deje llevar por su camino. La práctica del Om conduce al sujeto hacia su saber interior, si éste acepta no dirigir o controlar el proceso, que de forma natural ya se lleva a cabo. Zambrano expresa de la siguiente manera la actitud abierta, de aceptación total, con la que el iniciático debe realizar este camino: “ De ahí que el que recibe un camino-guía haya de salir de sí, del estado en que está, haya de despertar no a solas sino en verdad dentro ya de un orden; y el que siga este camino recibe en las escasas palabras y en las enigmáticas indicaciones las notas, en sentido musical, de un Método.”<sup>9</sup>

Finalmente, tanto la meditación oriental como la práctica zambrana de recorrer el

<sup>7</sup> M. Zambrano *Notas de un método*, “El camino recibido”. Ed. Mondadori, 1989

<sup>8</sup> De la Mandukya Upanishad.

<sup>9</sup> M. Zambrano *Notas de un método*, pag.31.

propio *camino recibido*, nos llevará a un mismo objetivo final, que es el de traspasar el umbral, o “dintel” del que habla Zambrano en su texto “la balanza”<sup>10</sup>, desde donde el pensamiento no puede seguir avanzando como hasta ahora, porque se entra en el lugar del conocimiento, “en un amplio lugar cuyo centro no podía ser ese conocimiento de sí mismo que brillaba a la vista de todos, sino algún otro conocimiento”. Zambrano, cuando habla del momento en que el sujeto entra en otro nivel de conocimiento,

se refiere a un estado podríamos decir pre-conceptual, pues parece que en este umbral o límite, la razón es una de las partes del sujeto que se queda afuera, sin participar, sin traspasar la barrera que lleva a un saber más puro. Este otro conocimiento es el que Zambrano llamará conocimiento supremo, y como dice ella, “sólo para obtenerlo tiene sentido que haya iniciación con su oscura galería de pruebas, con sus íferos serpentinos, con su imprevisible iluminación”<sup>11</sup>.

<sup>10</sup> M. Zambrano *Notas de un método*; “La balanza” pag.43

<sup>11</sup> Op.cit. pag.43